

DEBERIAMOS LA NUEVA DERECHA

convenir con Maurice Duverger que «el centro, filosóficamente, es la derecha».

Me apresuro a protegerme bajo el sólido paraguas del ilustre profesor para evitar en lo posible que ante semejante aseveración caigan sobre mí tantos improperios que, por una más de las mil paradojas de esta hora, provendrían a buen seguro del multiforme centro político. Intento guarecerme así de quienes, a pesar de sus confesadas posiciones centristas, no acaban de curarse del prurito infantil de ser más de izquierdas que sus adversarios, aunque vivan o piensen para sus adentros más a la derecha que los de derechas; y también de algunos otros inconmoviblemente instalados en su ecuador particular, finísima línea entre los dos hemisferios, tan equilibrada y sutil que una leve inclinación a estribor supone la más intolerable de las herejías.

Lejos de mi ánimo atenuar la importancia de la amplia parcela de nuestra realidad política enmarcable en el centro, zona en que convergen mis particulares preferencias. Al centro, si llega a recabar su verdadera identidad, sin ridículos bizantinismos ni tiquismiquis aldeanos, le corresponde en nuestra evolución política un papel decisivo: convertirse en la base doctrinal de la nueva derecha, proporcionar un impulso vital que engarce el pretérito y el futuro, posibilitar el ejercicio de una política renovadora y sin complejos, capaz de conciliar muchas realidades que merecen el mayor respeto con profundas reformas en nuestro cuerpo social. Ha de hacer posible, en suma, que sea la nuestra la civilización del desafío, caracterizada, como pide Steiner, por una tensión constante entre el ideal y la realidad. Una política de centro, así entendida, puede contribuir poderosamente a abreviar la larga lista de partidos que son el reverso de un régimen que acaba, pero también un síntoma de grave disgregación, de unas frustraciones generacionales y morales que ponen al descubierto el enquistamiento de los políticos en las estériles desavenencias de siempre. La nueva derecha, sólidamente reforzada por obra y gracia del centro, tendría legitimación sobrada para proponer unos objetivos políticos tan verosímiles como ambiciosos, una opción ideológica de amplios vuelos contrastada por el debate público y las expectativas reales de la nación.

No bastan ya enfáticas declaraciones de principios o monsergas electorales que nada le dicen al pueblo cuando ha de abordar la sociedad española, en un

plazo muy breve, una profunda transformación de sí misma. Será la transformación de una sociedad moderna en que las relaciones autoritarias y jerárquicas de antaño se sustituyan por una auténtica participación ciudadana; de una sociedad industrializada que ha de eliminar los rasgos del subdesarrollo; de una sociedad avanzada cuyo desenvolvimiento económico logre regular las tensiones sociales que padece; de una sociedad homogénea que no agrave las diferencias entre sus miembros al articular los mecanismos de distribución de la riqueza; de una sociedad estable que pueda prevenir eficazmente las situaciones de turbulencia pública; de una sociedad unitaria donde el primado de una Administración centralista ceda el paso a una armoniosa vertebración del Estado; de una sociedad europea donde la intolerancia no siga sancionando las tendencias políticas disidentes.

¿Qué impedimentos principales se oponen a la creación de una gran plataforma política de centro-derecha? Sobresalen, a mi entender, el enclaustramiento narcisista de los líderes en sus torres de marfil y la pervivencia de la vieja dialéctica franquismo-antifranquismo de que se ha nutrido la vida política de los últimos decenios. Lo primero es tan grave que el reciente ejemplo electoral de Francia ha de movernos a reflexión acuciante. Si se analiza la posición de los antagonistas que en el país vecino se disputan el Poder en el seno de la coalición gubernamental vemos que, como suele suceder en tantas otras cosas, la razón se reparte equitativamente entre los contendientes: Giscard propone una filosofía de la reforma y Chirac alza a su vez la bandera de la contundencia; para el presidente es menester actualizar en el seno de la sociedad francesa un programa hondamente reformista, mientras que su contrincante y aliado ocasional

pretende a todo trance que no se pierdan posiciones electorales. La combinación

de ambos puntos de vista —reforma y autoridad, doctrina renovadora y autenticidad ante el pueblo— debiera cuajar en una decidida acción común sin fisuras, emprendida por las fuerzas políticas teóricamente coherentes, así al norte como al sur de los Pirineos, ante unos comicios —los nuestros dentro de pocas semanas, los de Francia el próximo año— decisivos para el porvenir de Europa.

La insistencia, muchas veces al borde del tedio, en mantener la antinomia franquismo-antifranquismo como base diferencial ante las próximas elecciones es otro monstruoso contrasentido. Resulta comprensible que después de cuarenta años de autocracia se desaten las pasiones contenidas, el afán crítico antes reprimido; pero debiera entenderse de manera colectiva que las actitudes políticas pretéritas —las de todos y cada uno de los españoles— son igualmente respetables. Fuera de esto es tan demencial el franquismo como el antifranquismo, porque lo uno o lo otro tenía sentido solamente en vida de quien hacía posible aquella confrontación insalvable. Cerremos, pues, con siete llaves el sepulcro de Francisco Franco.

Todo el que de buena fe clama por una auténtica reconciliación ha de pensar que aquella estéril dialéctica no tiene ahora cabida cuando precisamente la Monarquía, entre otras altísimas funciones, constituye el más firme soporte de la concordia nacional. No es suficiente la aceptación apriorística de la Corona para asegurar tan sólo una concepción vital que se agota en el hoy, como si se tratara de un simple asidero de las realidades cotidianas. La fe debe depositarse en el Rey porque así se hará posible el proyecto de empresas comunes a las que están llamados todos los españoles.

El reconocimiento explícito de la raíz marxista del comunismo y de gran parte del socialismo español acentúa la necesidad de enfrentarnos unidos al reto de tales opciones políticas para edificar desde el centro-derecha una sociedad libre, exenta por ello de tentaciones totalitarias. Unidos, sí, los antifranquistas de antaño y los que han militado en el franquismo, porque la Monarquía, que extiende su tutela institucional a la derecha y a la izquierda, a los de esta hora y a los de cualquier otra hora, permite superar dignamente rivalidades inscribibles en las páginas de la Historia, pero sin vigencia alguna ante las exigencias legítimas de nuestro pueblo.

Rafael PEREZ ESCOLAR